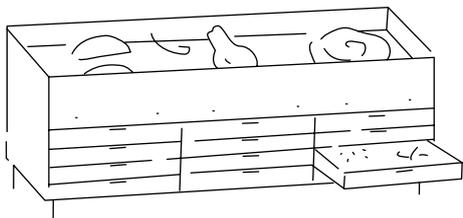


IRENE KOPELMAN
ECOSISTEMA ISLEÑO, VOLÚMENES Y FORMAS



Cuando en 1749 el misionero jesuita Florian Paucke llegó al Río de la Plata, fue destinado a una reducción indígena al norte de la provincia de Santa Fe. Dieciocho años vivió el jesuita en esa zona hasta que el rey Carlos III dictó la expulsión de los jesuitas de América. “Hacia allá fuimos amenos y alegres, para acá volvimos amargados y entristecidos”, se tituló el manuscrito que escribió y dibujó Florian veinticinco años más tarde desde Europa. Las 150 acuarelas pintadas de memoria, sin bocetos ni conocimiento alguno de dibujo, son una crónica visual fantástica. No son una copia fiel de la naturaleza, sino más bien, la manera particular de un artista de hacer poesía botánica de mundo perdido. Irene Kopelman realiza su propia poesía botánica con un impulso que parece imbricado entre la memoria, la pérdida y la capacidad de regeneración florianpauckiana. Su obra *Ecosistema Isleño* supone

dos etapas. Un biólogo, en diálogo con la artista, recorrió la reserva y llenó su bolsa con frutos de timbó, cortezas, hongos, camalotes, claveles del aire, líquenes y alisos. El denominador común que guio aquella recolección fue la búsqueda de plantas nativas. Más tarde, ellas no serían exhibidas a la manera clásica de un herbario, sino reproducidas en fundiciones en bronce y láminas realizadas con antiguos procesos de impresión. Como arte, las obras de Irene Kopelman son instalaciones conceptuales, como ciencia, son un laboratorio de investigación. Pero es en la creencia en que las dos esferas —la intuición y el pensamiento analítico— pueden reencontrarse y dar algo mayor que la unión de sus partes, donde su trabajo echa raíces profundas. A resguardo en una vitrina, el herbario de Kopelman está hecho de tristeza y soledad, ya no de plantas y semillas. Pero su presencia en medio de la misma naturaleza que reproduce, atrae también la idea del *doppelgänger*. El Doble, no en su versión oscura, sino en su carácter de talismán protector. En el cuento de Poe *William Wilson* el Doble le otorga al protagonista, es decir, al original, una extraña inmunidad. Le garantiza, de algún modo, la vida eterna. Hay algo de eternidad en estas vitrinas. Es el mismo espíritu que sobrevuela la carta que Emily Dickinson, poeta, legendaria por su fotosensibilidad botánica, le escribe a un amigo: “¿Sabías que una flor, una vez marchita pero conservada, se convierte en una flor inmortal?”